



Fue el Pandit Nehru uno de los primeros que vieron la necesidad de escapar a esa lucha de bloques que estaba destruyendo las posibilidades de los países subdesarrollados.

sistemas de transporte, los cultivos, la implantación de pequeñas industrias, las técnicas, se habían hecho en función de los intereses de la Metrópoli. Al mismo tiempo, las masas que habían esperado de la independencia —que a veces les había costado muchos años de luchas durísimas— un renacimiento inmediato, un cambio brusco de nivel de vida, se encontraban en el mejor de los casos con una austeridad necesaria para seguir adelante; en el peor, con un cambio de dueños...

Prácticamente, estas son las circunstancias que prevalecen hoy día. Con respecto a sí mismas, las naciones no alineadas se encuentran divididas y enfrentadas; con respecto al exterior, no han conseguido desprenderse de los lazos de la gran política de potencias. Las ayudas han sido inútiles; la mayor parte de las veces las han devorado la demografía y la corrupción, y la necesidad de comprar armas para defenderse unas de otras, con sus diferencias claramente atizadas por los demás. Siguen suministrando la materia prima al mundo desarrollado, y este mundo fija fácilmente los precios de los mercados. La implantación de industrias multinacionales no sirve sus intereses: utilizan la mano de obra barata, la vida embrionaria de los sindicatos, la ausencia de huelgas, para continuar una explotación humana. Cuando un país se decide a nacionalizar las industrias extranjeras, recibe en el acto amenazas y sanciones económicas. Los centros de decisión, los resortes de la técnica, los poderes financieros, siguen en manos de las grandes potencias.

En último extremo, la nueva coexistencia pacífica y la suma de China al concierto mundial les resulta gravosa. El neutralismo deja

de servir incluso como negocio. Los países comunistas no asisten ya a los movimientos revolucionarios; las castas dirigentes empiezan a no recibir ayuda de los Estados Unidos para contenerlos. El mundo desarrollado se instala en una comodidad creciente, en un consumo que se asemeja al despilfarro, y lo hace a costa de la mano de obra y las materias primas de los no alineados, de una manera consciente. Cuando se habla del «crecimiento cero», esto es, de la limitación del consumo y del desarrollo técnico, los países no alineados entienden que se trata de que todos se estanquen en las condiciones actuales, sin esperanza ya de salir adelante. El consumo de Occidente y el que empieza a brotar en los países comunistas se hacen a su costa; la detención del consumo les dejaría sin clientes y sin mayor desarrollo. Cuando se habla de ciertos dramas naturales que se abaten sobre ellos —la sequía, los terremotos— se regresa a los antiguos términos de la caridad, no a los de la colaboración y la ayuda técnica.

Estos son algunos de los problemas con los que se encuentra en Argel la conferencia de los países no alineados. En los folletos, en las pancartas, en los discursos de bienvenida a los delegados, aparecen una vez más los términos de tipo revolucionario: «¡Abajo el imperialismo, el colonialismo y el neocolonialismo!», «¡Luchemos contra las bases militares extranjeras!», etcétera. Son gritos ya antiguos en el mundo. Las grandes potencias se han acostumbrado a oírlos. Esperemos que el comunicado final de los jefes de Estado ofrezca un interés práctico, una autodefinition de propósitos, unas propuestas concretas. ■ J. A.

LOS CONTEMPORAÑEOS

MI TURISTA Y YO

Leí que la lotería celebraba un Sorteo del Turista y me apresuré a comprar un billete. Por si me tocaba uno. Luego he visto en un periódico que de todas formas me corresponde un turista "per cápita". Yo quisiera el mío. Prefiero administrármelo por mi mismo y extraerle en casa todas sus divisas. Le sacaría mucho más partido, y me hace mucha falta aumentar mis ingresos en estos momentos; ya habrán ustedes oído hablar de lo que está pasando con los precios.

Pero me temo que dada mi situación poco relevante en el país me dieran uno de los malos. De los de la masa. He pasado por un punto costero de turismo barato y les he visto. Realmente, no valen nada. Así los tratan... Intenté ayudar a uno que sólo hablaba francés y trataba de orientarse en un supermercado, y un grupo de damas me lo prohibieron: "No le hable usted en su idioma. Que se fastidie. Si viene a España, que hable español. ¡Que aprendan ellos!", me decían las gorgonas. "Que se fastidie" y "Que aprendan ellos" son dos gritos de la raza. Más tarde he sabido que esta opinión contra el turismo de masas es algo más que un problema local. La leo en editoriales de periódicos, descrita en su lenguaje característico. Repudiamos el turismo de cantidad, queremos el turismo de calidad. Queremos sólo al turista de los huevos de oro. "Agradeciendo al turismo de masas los servicios prestados, habrá que dirigirse inexorablemente a otro turismo mejor distribuido y más capaz económicamente", dice un periódico populista. Otro, aristocrático, se queja de la desatención "al turismo selectivo en medio de una equivocada captación de la masa".

Por eso estoy seguro de que a mí me tocaría un turista-masa de los que no quiere nadie. Un turista de los que vienen con el dinero justo de la gasolina, la plaza en el camping y la cesta de la compra, para freirse sus cosillas en la sartén sobre el butagás. Un infeliz que habrá

venido a considerar España y que no se la cuenten, a ver de verdad en qué consiste esta cuestión de los toros y del flamenco. Probablemente, un joven; en el peor de los casos un estudiante. Incluso quizá traiga molestos y desagradables libros; tal

vez se quiera llevar alguno. ¿Será posible, me pregunto, que en las estadísticas este funesto personaje cuente lo mismo que un turista rico, que un turista de avión, automóvil de alquiler y suite reservada en un hotel de lujo, que un turista sin libros, pero con botella de champagne? Esta forma contable es sin duda un reflejo de la democracia inorgánica que se inflige a los pueblos de más allá de nuestras fronteras, con la aberrante fórmula de "un hombre, un voto". No se sabe por qué si nosotros no la aceptamos en nuestro sistema, tengamos que aceptarla en nuestras estadísticas, lo cual, sin duda, da una idea falsa del contenido del país. Llevada al campo del turismo lo falsea todo. Es fruto —dice un editorialista— de una "política incoherente sólo atenta a la hinchazón de estadísticas artificiales". Decir que en 1972 vinieron 32,5 millones de turistas, y que se gastaron aquí 2.608 millones de dólares es, ya se ve, no decir nada. No tiene sutileza.

Cuando llegue la hora del reparto, me darán un turista pobre, eso ya lo sé yo. Le podré sacar muy poco, pero algo dará. Quizá, sin embargo, pueda permitirme conocer mejor un ser humano, de los de las otras galaxias; tal vez aprenda algo de él; quizá yo pueda disfrutar un poco contándole algo de lo poco que sé. Es posible que de alguna manera nos vayamos a enriquecer los dos con este contacto mutuo. De una manera puramente antigua, se entiende, esto es, espiritual, si se me permite el uso de esta ruborizante palabra. Mi turista y yo pasaremos unos días juntos. Y como uno es así —por eso no es lo que no es—, terminare proponiéndole que si el año que viene ya no dejan pasar turistas modestos por la frontera, y consigue colarse, yo le alojaré clandestinamente...

POZUELO